ABC. 13 junio 1959

108

51

UN GOLPE DE ESTADO

Un golpe de Estado sin sangre, pero profundamente significativo, acaba de despojar al reloj de la Puerta del Sol de su voz de mando para traspasarla al de la Cibeles. El pendón de Castilla, por lo que al horario concierne, no ondea en su mástil de antes, donde estuvo tanto tiempo, sino en este otro que sirve de orfice a las dos principales vías madrileñas. En virtud de esa incruenta revolución, la Puerta del Sol ha perdido rango, se ha aprovincianado, y ya no puede aspirar a regir con la dictadura de su esfera y de sus manecillas otra cosa que el cotarro del que ella es ombligo y no, al igual que antes, el ancho cosmos peninsular. Así esos pueblos a los que les trasladan el regimiento de guarnición, el Instituto, el Juzgado, o a los que el desvío de la carretera deja extramuros de los turistas. Para la Puerta del Sol, para su prestigio, convengamos en que la medida adoptada es mortal de necesidad. Otros desaires urbanos llevaba ya sufridos; otras heridas se habían inferido a sus funciones regidoras de antaño, pero a su voz, no; su voz continuaba ~~detentando~~ la máxima resonancia y la máxima autoridad. —Voy por Sol—se decía al que nos reprochaba nuestra tardanza. Y ese era un argumento inapelable.

En realidad, su decadencia arrancaba de antiguo, arrancaba, muy concretamente, del 14 de abril. El 14 de abril fué funesto para la Puerta del Sol. Como Dios ciega a quienes quiere perder, nadie celebró en Madrid la gigantesca mascarada de aquel día—cada vez, a medida que de él nos alejan los años, más suicida e injusto—con mayor jolgorio que la Puerta del Sol. La Puerta del Sol acogió amorosamente a todos los chibiris endomingados y borrachuzos, a todos los portadores de símbolos ultrajantes, a todos los voceadores de estulticias y rencores, a todos los panglosianos creyentes, ¡ay!, en la bondad de la República, y les dió posada. La llenaron, ¡Dios santo!, como yo no la había visto llenar nunca—a mí no me duelen prendas—y mientras duró la euforia, danzaron, trincaron y croaron sobre su suelo. El 14 de abril la Puerta del Sol amaneció ya enflaquecida. Había perdido el riego de Palacio, que le daba solera y jerarquía; pasaba, de ser émbolo a ser fondo de saco, de ser vaso principal a ser vena secundaria. El corazón de Madrid quedaba cesante y una silenciosa, pero inexorable corriente emigratoria, comenzaba a alejar de ella el epicentro de la capital.

Por ese motivo, el golpe de Estado a que aludo, a semejanza de tantos otros, no ha venido a trastrocar substancialmente nada, sino a legitimar tan sólo una situación de hecho. La Cibeles había arrebatado a la Puerta del Sol los mejores coches, las más lucidas caravanas, los más representativos cortejos, las luces de San Isidro, las verbenas de los fuegos artificiales y las chicas más guapas. Le había arrebatado, también, sus viejas preeminencias, sus condecoraciones, sus dorados. La Puerta del Sol palidecía melancólicamente y la Cibeles restallaba de júbilo, se hinchaba como una matrona piropeada, a pique ya del aneurisma. Todavía, eso sí, le quedaba a la Puerta del Sol el privilegio de gobernar las citas de los novios y de los hombres de negocios y la apertura y el cierre del comercio, y nunca le faltaban miradas candorosas ofrendando a la bola arrobadas devociones cuando al filo de las doce se descolgaba jaranceramente para subir renqueante segundos más tarde. Pues bien, todo cambia. Espectadores seguirá teniéndolos, claro, pero sus campanas ya no mandarán sino allí donde les alcance la voz física. Mandarán, tan sólo, a sus amigos, a sus fieles, a la vecindad inmediata, pero no ungidas, como antaño, por los óleos oficiales. Con esta ternura hacia el caído que, desde siempre, me aqueja, empiezo a dolerme del triste ocaso de un reloj que, seguramente, no lo merecía. ¿No cumplió siempre bien con su deber? ¿Se adelantó, se retrasó en exceso alguna vez? Su hoja de servicios era limpia y larga... Sin embargo... La vida, amigos, la vida.

Pasa el cetro, por tanto, al reloj de Correos. Yo pedí hace algún tiempo que se sustituyese el enjuagatorio bastante anodino de su carillón con algún tema preciso y patrocinaba la candidatura del de "La verbena de la Paloma", que en 1927 tocaba su hermano mayor, el carillón del Ministerio de Hacienda. Jamás súplica alguna alcanzó menos éxito que la mía. Fué un fracaso considerable. De él me consuela el ver ahora, si no embellecido, sí por lo menos ensanchado su ámbito y regulando y ajustando nuestras jornadas con sus órdenes inapelables. En fin... Todo sea para bien. Hemos cambiado de gobierno. Notifíquese a las Cancillerías. Y Dios haga que el tiempo que mida en el futuro el nuevo reloj sea próspero y amable para nuestros destinos.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española